

para recibir las felicitaciones de una numerosa diputacion de la nobleza, vestida como para presentarse á un monarca, y estos señores desfilaron por delante de él, saludándole al estilo del pais, esto es, tocando la tierra con la mano y besándola en seguida. Dieron al parecer mucha importancia á este ceremonial que duró mas de una hora.

Se veía á la entrada de la ciudad, entre la estremidad de la calzada y la puerta, un puente de madera de diez piés de ancho, á fin de que pudieran las aguas circular libremente al rededor de la fortaleza. Este puente, compuesto de vigas y travesaños, se sacaba cuando se queria.

Antes de penetrar en esta vasta ciudad de difícil acceso, el prudente general dispuso su gente como si fuese á tomar una plaza enemiga, y apenas las columnas empezaban á ponerse en marcha, cuando se anunció la llegada de Moctezuma. Ya no era éste un príncipe incierto en sus resoluciones; era sí un príncipe subyugado por un poder superior; un príncipe soberano de algunos millones de hombres, acercándose con todo el esplendor de su poder, á rendir homenaje á un puñado de aventureros, quienes por haber tenido la audacia de desobedecerle y entrar á pesar suyo en la capital, parecian á sus ojos seres protegidos del cielo, muy superiores á los demás mortales. Desde este momento Moctezuma pertenece á Cortés. Bernal Diaz y Clavigero han descrito minuciosamente esta primera entrevista. Robertson ha desfigurado la relacion del primero con ciertas omisiones; y aunque nosotros vamos á reasumirla, nos proponemos conservar su color nativo.

A la cabeza de la comitiva avanzaban tres oficiales con una varilla de oro en la mano, levantándola de cuando en cuando para anunciar al pueblo la presencia del monarca, é intimarles la orden de prosternarse como señal de respeto y veneracion. Moctezuma iba colocado en una litera cubierta de hojas de oro, y suspendido en un magnífico pálio cargado de plumas verdes. Cuatro señores lo llevaban sobre sus hombros. Se le veía acompañado de doscientos nobles, vestidos con una gran capa de tela de algodón de iguales formas como una librea, y en sus cabezas una especie de mazorea de plumas de diferentes colores. Marchaban con los piés desnudos, en fila y á dos por costado de la calle, manteniéndose á cierta distancia de Moctezuma, los ojos mirando al suelo en ademan de profunda veneracion. El monarca con sus insignias reales, y una pequeña corona de oro en la cabeza, metidos los piés en ricos borceguíes, y á la espalda un manto sembrado de hojuelas de oro y piedras preciosas. Luego que la comitiva hubo llegado á una distancia conveniente, se detuvo, y Moctezuma dejó la litera. Los cortesanos de su casa estendieron sus propias capas en la tierra, á fin de que el duro suelo no lastimase sus delicados piés. Habiéndolo tomado en brazos los cuatro grandes feudatarios de la corona, lo pusieron en

manos de su hermano y sobrino que lo sostuvieron respetuosamente.

Cortés se apeó tambien del caballo, se adelantó á recibirle, le arengó y puso en su cuello una cadena de oro, guarnecida de perlas y cristal cortado que llevaba en el suyo: regalo que recibió el monarca de una manera afectuosa. Cortés hizo el ademan de querer abrazarlo, pero se lo impidieron los señores que lo acompañaban, porque hubiera sido una profanacion de la sagrada persona del monarca. En seguida uno de la comitiva régia trajo al general dos collares trabajados de cáscaras de caracoles, y de cada uno de ellos pendian ocho pedazos de oro en forma de peces, de medio pié de largo y muy bien contruidos. Despues de haberse trocado estos cumplimientos de una y otra parte, Moctezuma emprendió el camino de su palacio, encargando á su hermano que condujese los españoles al alojamiento que se les habia destinado. La muchedumbre acudió de todas partes para contemplar este espectáculo, siendo tan numerosa que ocupaba los dos lados del camino. Se veian gentes en las ventanas y sobre los tejados, todos asombrados y como sorprendidos de las atenciones y complacencias de su rey hácia estos extrangeros, á quienes los honores no adormecian, conservando en su marcha el orden y actitud militar. Sus columnas cerradas ocupaban todo este largo y anchuroso camino elevado sobre el lago, que continúa en línea recta desde Ixtapalapan hasta el centro de la ciudad.

Sin embargo, no podian desasirse de un vago sentimiento de inquietud, viéndose algunos centenares de hombres en el corazon de tan populosa ciudad, y á mil quinientas leguas de su patria. Llegaron hasta el palacio que se les habia destinado, el mismo que en otro tiempo habia ocupado el rey Axayacatl, padre de Moctezuma, construido por aquel monarca hacia cosa de cincuenta años (1). Moctezuma que los aguardaba en el patio de este palacio, tomó de la mano á Cortés y lo introdujo en una grande sala, en donde lo hizo sentar sobre un pequeño sitial, cubierto de un tapiz de algodón, y cuya forma asemejaba á uno de los altares de nuestras iglesias. Las paredes estaban cubiertas de la misma tela, con ribetes de oro y piedras preciosas. El rey se despidió del general diciéndole. *Ahora estais en vuestra propia casa; descansad de vuestras fatigas, que bien lo habeis menester, y dentro de breve rato volveré á visitaros.* Terminada esta visita, Cortés mandó disparar algunos cañonazos con el objeto de espantar á los mexicanos; y en seguida reconoció el palacio que se le habia dado por habitacion, edificio grandioso, claro, ventilado, con murallas de un mediano espesor, flanqueadas de torreillas, aseadamente amueblado con esteras, y asientos de una sola pieza de madera, y tan grande que todo el ejército

(1) El baron de Humboldt nos dice que se hallaba comprendido en el espacio que media entre la esquina del Indio Triste y Tacuba.

español, indios aliados, mugeres, niños y esclavos en número de mas de siete mil, estaban alojados en él con bastante comodidad. Los españoles encontraron en aquel local cuanto pudieran desear para creerse seguros. Sin embargo, Cortés tomó en su infatigable inteligencia, todas las precauciones posibles; pues colocó una batería de cañones frente á la puerta principal, y se fortificó en todos los puntos, como si hubiera tenido que sostener un sitio.

Conferencias de Moctezuma con Cortés: descripción de la ciudad de México: prision de Moctezuma (1519). La entrada de los españoles en la capital de Moctezuma, dia no menos ilustre para ellos que fatal para los pobres mexicanos, se verificó el 8 de Noviembre de 1519, á los siete meses de su llegada al pais de Anáhuac. Apenas Cortés habia acabado de comer, cuando Moctezuma fiel á su promesa fué á visitarle. El monarca lo hizo sentar á su lado, mientras todos los soldados españoles y mexicanos se mantenian en pié respetuosamente. Despues de algunas preguntas relativas á la patria de los expedicionarios, y sobre los motivos de su arribo á las playas del Anáhuac, las cuales le fueron contestadas por Cortés de una manera satisfactoria, el príncipe azteca mandó traer los regalos que habia preparado para sus huéspedes, y consistian en cadenas de oro, adornos de plumas y millares de piezas de algodón. Cortés ya no tenia voces para manifestar su agradecimiento; pero Moctezuma le interrumpió con estas palabras:

„Bravo general, y vosotros todos sus compañeros. Los hombres „de mi córte y mis criados son testigos del placer que he esperimen- „tado á la noticia de vuestra llegada. Si he manifestado oponerme „hasta este momento, á la visita que ahora me haceis, no ha sido „sino por conformarme con las ideas y disposiciones de mi pueblo. „Vuestra fama ha aumentado los objetos y alarmado los ánimos; „pues se ha dicho que érais dioses inmortales, montados sobre bés- „tias salvages de un tamaño y de una fuerza extraordinarios, lan- „zando á vuestro placer los rayos que hacen temblar á la tierra. Os „han hecho pasar como mónstruos arrojados por las olas del mar á „sus orillas, atraidos hasta nuestro pais, por vuestra insaciable sed „de oro y para entregaros á todos los desórdenes. Últimamente se „ha dicho y repetido que uno solo de vosotros se comia mas de diez „mexicanos; pero el tiempo y la experiencia nos han hecho ver que „todo esto es una impostura. Hoy sabemos que sois hombres mor- „tales como nosotros, aunque la tez no sea igual y tengais pelo en „la cara. Vuestros caballos, esos animales tan temidos, son ciervos „mas grandes y gordos que los nuestros, aunque difieren algo de „su forma, y vuestras terribles armas son unos tubos bastante pa- „recidos á las cañas que empleamos en la caza, con la diferencia „que arrojan las balas con mayor fuerza.

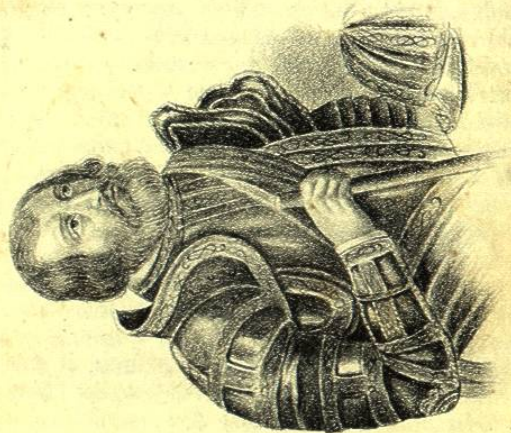
„Tambien sabemos que sois buenos y generosos, que sufrís con „resignacion la mala suerte, y no os enfureceis jamás, á menos que

Tomo 1.^o



Moctezuma

Pag. 254.



Cortés

„se os provoque con injustas hostilidades. Tampoco dudo que des-
„terrareis de vuestros espíritus las falsas ideas que os hayan hecho
„formar de mí, ya por las lisonjas de mis vasallos, ó las adulacio-
„nes de mis enemigos. Sin duda os habrán dicho que yo era un
„dios, y tomaba á mi voluntad la forma de un Tigre, Leon ó cual-
„quiera otro animal; pero ahora veis con vuestros propios ojos, que
„soy de carne y huesos como los demás hombres, aunque mas no-
„ble por mi nacimiento y el alto rango que ocupo. Los totonecas,
„que merced á vuestra proteccion se han revelado contra mí, y cu-
„yo delito no quedará impune, no habrán dejado de deciros que son
„de oro las paredes y techos de mi palacio; y vos que habitais en
„uno de ellos, podeis convencerlos de que son de piedra y cal. Con-
„vengo en que mis riquezas son grandes, mas no tanto como las
„ponderan mis súbditos. Algunos de ellos se os habrán quejado de
„mi crueldad y tiranía; pero llaman tiranía al ejercicio legal de la
„autoridad suprema, y crueldad al indispensable rigorismo de la jus-
„ticia. Abandonemos, pues, uno y otro las falsas ideas que se ha-
„yan formado de nosotros.

„Segun las señales que hemos observado en los cielos, y en con-
„formidad de lo que sabemos de vosotros y de las regiones de don-
„de venis, reconocemos que han llegado ya los tiempos prefijados
„por nuestras tradiciones para el cumplimiento de ciertas profecias;
„pues sabemos que deben llegar de las regiones del Oriente en don-
„de el sol nace, hombres destinados á hacerse dueños de este pais,
„en el cual reinó antiguamente un señor que desapareció, y cuyos
„descendientes son nuestros legítimos soberanos. Nosotros no so-
„mos originarios de estas tierras; pues hace un corto número de si-
„glos que nuestros ascendientes, salidos de las comarcas del Norte,
„se establecieron en ellas. Por consiguiente, solo como virey del
„gran Quetzalcoatl gobernamos, y por lo mismo recibo con placer
„la embajada de vuestro rey, y pongo mi reino á sus órdenes.”

Demasiado perspicaz Cortés para no conocer el partido que podia
sacar de los errores del monarca, lo mantuvo en una ilusion que venia
en auxilio de sus proyectos, y comprendió que debia en lo sucesivo
obrar con autoridad, ya que hallaba en Moctezuma un vasallo vo-
luntario. Se extendió largamente sobre la grandeza y poder de su
señor Carlos V, espuso que su mision era pacífica, que tenia orden
de establecer una alianza sincera y durable entre los dos grandes
reyes de Oriente y Occidente, y emplear todos los medios posibles
de persuacion para alterar y modificar diferentes leyes y usos me-
xicanos contrarios á la justicia y humanidad. Esto le condujo á ha-
blar de la religion de los pueblos del Anáhuac; á declamar contra
su idolatría y supersticiones; y á pedir sobretodo, la abolicion de
los execrables sacrificios humanos, que ultrajaban la divinidad y
todos los sentimientos de la naturaleza.

A pesar de esta polémica sobre objeto tan delicado, reinó en esta

entrevista la mejor cordialidad. Los dos gefes se separaron con mútuas protestas de amistad, y no cabe duda que tan feliz principio, preliminares tan pacíficos, hubieran hecho á los españoles dueños de todo aquel imperio, sin derramar una gota de sangre, si se hubieran conducido con una prudencia igual á su valor.

En la visita que Cortés hizo al rey al siguiente dia, acompañados de sus capitanes Alvarado, Sandoval, Velázquez, Ordaz y cinco ó seis soldados rasos, pasaron las cosas del mismo modo. El general fué recibido como si hubiese sido igual al rey. Este quiso informarse minuciosamente de todo quanto concernia al gobierno y á las producciones de la España; pero Cortés, el mas ardiente de todos los católicos, en lugar de responder á estas cuestiones, empezó por catequizar á Moctezuma; le habló de la creacion del mundo, de un solo Dios, de su hijo Jesucristo, de la Trinidad, de la misa, de la confesion, de los gozes del paraíso y de los tormentos del infierno, cosas todas excelentes para enseñar, pero que Moctezuma no estaba en el caso de comprender á la primera esplicacion.

Volvió Cortés á la carga sobre los sacrificios humanos, y exigió formalmente su abolición; pero Moctezuma no concebía cómo un español encontraba mal que se sacrificasen á los dioses, aquellos hombres que por razon de sus crímenes, ó su poca suerte en la guerra, estaban destinados á morir; y sin embargo, sea por convencerle las razones de Cortés, ó porque quisiese agradar á los españoles á quienes temia, prometió que no se serviría mas carne humana en la mesa. No se doblegó con tanta facilidad á su conversion al cristianismo; pues sostuvo que no habiendo recibido sino favores de los dioses mexicanos, y siendo tan buenos como los de los españoles, fuera una imperdonable ingratitud abandonarlos. Cortés no insistió mas por entonces y se retiró á sus cuarteles.

Un pensamiento conservador le ocupaba enteramente; pues un feliz principio no le ocultaba el peligro de su posicion, y conocía la necesidad de llamar en su ayuda los recursos intelectuales. Es cierto que el monarca era suyo; pero todavía le faltaba conquistar la nobleza, á quien procuró atraerse ora con agasajos, ora por la dulzura y dignidad de sus modales. Necesitaba del aura popular, y ordenó á sus soldados que procurasen no dar motivos de queja por su conducta. Esta política era una máscara con que se cubria la ambicion. El hombre de paz en la apariencia, maquinaba en su pensamiento los proyectos mas hostiles y la mas atrevida empresa; no obstante, nada queria ejecutar sin tener un perfecto conocimiento de esta gran capital, en la que en cierto modo puede decirse se hallaba encerrado. Para observarla á su placer sin excitar alarmas, y tomar una idea exacta de la fuerza y medios de resistencia de los mexicanos, rogó á Moctezuma que le permitiese visitar los palacios reales, los principales templos y la gran plaza del mercado. Esto le fué concedido de buena voluntad, y el desgraciado rey, lleno de con-

fianza, permitió á los españoles que lo examinasen todo. Vamos, pues, con las relaciones de Cortés, Bernal Diaz, Acosta y Clavigero, á dar una dia de la antigua capital del Anáhuac.

El documento mas antiguo que poseemos sobre la ciudad de Tenochtitlan, su lago y sus alrededores, es una carta dirigida por Cortés al emperador Carlos V, en 30 de Octubre de 1520. Citarémos por entero este curioso pasaje. „Antes que comience á relatar, dice „Cortés, las cosas de esta gran ciudad, y las otras que en este otro „capítulo diga: me parece, para que mejor se puedan entender, que „débese decir de la manera de México, que es donde esta ciudad, y „alguna de las otras, que he hecho relacion están fundadas, y donde está el principal señorío de este Mutezuma (Moctezuma). La „cual dicha provincia es redonda, y está toda cercada de muy altas „y ásperas sierras; y lo llano de ella tendrá en torno hasta setenta „leguas (1), y en el dicho llano hay dos lagunas (2), que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno mas de cincuenta leguas „(3). Y la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrilera pequeña de cerros muy altos (4), que están en medio de esta llanura, y al cabo se van á juntar (5) las dichas lagunas en un estrecho de llano, que entre estos cerros y las sierras altas se hace (6), el cual estrecho tendrá un tiro de ballestas, y por entre la una laguna, y la otra, y las ciudades, y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por tierra. Y porque esta laguna salada grande crece, y mengua por sus mareas (7), segun hace el mar, todas las crecientes corre el agua de ella á la otra dulce, tan recio como si fuera caudaloso rio, y por consiguiente á las menguantes va la dulce á la salada.

„Esta gran ciudad de Temijtitlan (8) está fundada en esta laguna

- (1) El circuito de todo el valle tiene mas de noventa leguas (Lorenzana).
- (2) Una de agua dulce que es la de Chalco; y la otra salada, que es la de Tezucó. (Lorenzana).
- (3) Es necesario observar que el general solo habla de dos lagos, porque no conocia sino imperfectamente los de Zumpango y Jaltocan, entre los cuales pasó precipitadamente en su huida de México á Tlascalá, antes de la memorable batalla que ganó en los campos de Otumba.
- (4) Las colinas cónicas y aisladas cerca de Ixtapalapan.
- (5) Las dos lagunas se juntan en Iztapa, Chimalhuacan, Santa Marta y Culhuacan.
- (6) Sin duda la pendiente oriental de los cerros de Santa Fé.
- (7) En quanto á las pretendidas mareas, no son probablemente sino un juego periódico de los vientos del Este, y cuando éstos soplan con violencia, los del lago de Tezcoco se retiran hácia la orilla occidental, y dejan en seco una extension de mas de seiscientos metros, segun Humboldt. Este movimiento de los vientos, hizo nacer en Cortés la idea de las mareas.
- (8) Temijtitlan, Temistitan, Temihuitlan, son cambios viciados de Tenoch-

una salada (1), y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte, que quisieren entrar á ella hay dos lagunas. Tiene cuatro entradas todas de calzada hecha á mano, tan ancha como dos lanzas ginetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas, y todas las demás, son la mitad de tierra, y por la otra mitad de agua, por la cual andan en sus canoas; y todas las calles, de trecho á trecho, están cubiertas, por donde atraviesa el agua de las unas á las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas, y recias, y bien labradas y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de caballo juntos á la par. Y viendo, que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traicion, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitados los puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre, sin que pudiésemos salir á la tierra; luego que entré en la dicha ciudad, di mucha priesa á hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en tierra, y llevar los caballos, cada vez que quisiésemos. Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados, y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande, como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales al rededor, donde hay cotidianamente arriba de setenta mil ánimas comprando y vendiendo (2). Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna; y en esto tienen mucho orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa, como de audiencia, donde están siempre sentados diez ó doce personas, que son jueces, y libran todos los casos, y cosas que en el dicho mercado acaece, y mandan castigar los delinquentes. Hay en la dicha plaza otras personas, que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende, y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa. En fin allí se veía el mismo orden, el mismo conjunto que en los mercados europeos, llamando sobretodo la atención, aquella admirable policía en una na-

titlan. Los aztecas ó mexicanos se llamaban á sí mismos tenochas, de donde deriva la denominacion de Tenochtitlan.

(1) Hoy no es así; pues el agua que entra por México, toda es de la laguna de Chalco; pero antiguamente la de Tezcucó entraba dentro de la ciudad, lo que se ha evitado por las inundaciones, aunque está tan cerca, que crece hasta la garita de S. Lázaro. (Lorenzana).

(2) Ya hemos indicado, segun relacion de Cortés, los principales productos de agricultura é industria azteca que habia en aquel mercado.

cion bárbara, separada de todos los pueblos cultos, y tan distante del conocimiento de un verdadero Dios.

Adornada de numerosos templos, cuya parte mas elevada parece remontarse en forma de torre rodeada de diques, colocada en medio de las aguas, y sentada sobre islas de un ameno verdor; recibiendo á cada hora del dia millares de barquichuelos, que dan animacion sobre su hermoso lago, debia Tenochtitlan asemejarse á Venecia, segun relacion de los primeros conquistadores, ó á una de aquellas ciudades del Delta en el bajo Egipto, á la época de las grandes avenidas del Nilo. Bernal Diaz la compara con razon á un inmenso tablero, porque se hallaba dividida en cuadros regulares. Del mismo modo que la vemos en el fragmento del plan de esta capital, delineada hácia la época del último de los Moctezumas, y que Mr. Bullok ha adquirido y publicado.

Cada uno de los cuadros grandes ó pequeños tenia un templo, sobre cuyo frontispicio se leia en caracteres aztecas, el nombre del dios ó diosa á quien se consagraba. La circunferencia del antiguo México era de cerca de diez millas, y el número de sus casas el de setenta mil. Su poblacion podría graduarse en unas trescientas mil almas. Sus calles se lavaban y limpiaban todos los dias; y por numerosos canales se abastecia de las provisiones necesarias, que de varios puntos llegaban para su consumo. Una buena cantidad de puentes de madera, suficientemente anchos para pasar diez caballos de frente, unian entre sí los diferentes cuarteles, como en las ciudades modernas de Europa y América. México extraia el agua de sus fuentes, de los manantiales de Chapultepec, conducida por un acueducto, obra admirada de los españoles. Estas aguas introducidas en tubos de tierra cocida, se distribuian por todos los puntos de la ciudad. Las relaciones antiguas hablan con admiracion, y hasta de una manera exagerada, del grandioso carácter de los edificios de aquella real ciudad.

Todos los templos se parecen en lo exterior; pero el grande Teocalli se distingue de los demás por su inmensa extension, sus agigantadas proporciones y su destino. Su fundacion data desde 1486, seis años antes del descubrimiento de la América por Cristóbal Colón. Su recinto designado por muros muy espesos de ocho piés de altura, guarnecidos de almenas en forma de nichos, y cubiertos de relieves de piedras, que representan serpientes enlazadas, le dan el aspecto de ciudad cuidadosamente fortificada. Sus cuatro puertas correspondian á los cuatro puntos cardinales. La grande pirámide que se elevaba en el centro reunia las mismas caras, comunes á los edificios de este género asiático ó egipcios. El monumento mexicano que tenia noventa y siete metros en su base, y treinta y siete de altura, manifestaba la figura de un cubo enorme. Se distinguian cinco pisos ó asientos. Una grande escalinata conducia á la cima de esta pirámide truncada, y allí sobre la misma plataforma, se ele-

vaban dos altavitos con dos capillas en forma de torres. Se mostraban dos feisimos ídolos, el uno de Tezcatlipoca, la primera de las divinidades aztecas, despues de Teotl, ó el Ser Supremo invisible, y el otro de Huitzilopochtli, dios de la guerra, y tambien dios protector de los aztecas, á quien el templo estaba particularmente dedicado; tambien se encontraba allí, no menos fea que los ídolos, la piedra de los sacrificios, piedra verde sobre la cual extendian los sacerdotes las víctimas humanas. Treinta y nueve capillas consagradas á otras tantas divinidades rodeaban la grande pirámide, cuyo interior servía, como ya lo hemos notado, para sepuleros de reyes y principales señores mexicanos. Tambien los reyes y nobles tenian sus oratorios al rededor del templo, en que se encerraban jardines, fuentes, las habitaciones de los sacerdotes, y algunos conventos de hombres y mugeres. Cortés afirma que en aquel local podrian haberse construido quinientas casas. Allí fué, en donde seguido de sus oficiales superiores, y acompañado de Moctezuma, obtuvo en los primeros dias de su llegada, el permiso de penetrar como un singular favor; y allí se sobrecogió de espanto al aspecto de una muralla de cabezas y huesos de hombre simétricamente alineados, ó á la vista del pavimento enrojecido con la sangre de las víctimas, ó al mal olor que exhalaba este horrible hosario; y allí, en donde no pudiendo Cortés contener su indignacion, prorumpió en imprecaciones contra los ídolos y su culto infernal (1).

Si de los templos de los dioses pasamos con los españoles á los palacios reales, les vemos bajo la forma de una reunion de casas espaciosas aunque bajas. La residencia habitual de Moctezuma era un vasto edificio, construido de piedra, cal y canto. Tenia veinte puertas que daban á plazas públicas y distintas calles. Se veian tres patios muy grandes adornados de fuentes con surtidores, y salas de recibo, en una de las cuales se colocaban tres mil hombres cómodamente. En seguida aparecian unos corredores con cuartos, los unos con las paredes incrustadas de brillantes piedras pulimen-

(1) He aquí la relacion de Clavigero: „Cuando los españoles subieron al templo mayor, encontraron allí al rey que se les habia anticipado, para evitar con su presencia que cometiesen algun atentado contra sus ídolos. Despues de haber observado desde aquella altura la ciudad, que el mismo rey le indicaba, Cortés le pidió permiso de ver los santuarios, y él lo concedió, habiendo antes consultado á los sacerdotes. Entraron en ellos los españoles y contemplaron, no sin pasion ni horror, la ceguedad de aquellos pueblos, y el horrendo estrago que en ellos hacia la crueldad de sus sacrificios. Cortés, volviéndose entonces á Moctezuma, le dijo: *Me maravillo, Señor, que un monarca tan sábio como vos, adore como dioses esas figuras abominables del demonio.—Si yo hubiese sabido, respondió, que debiais hablar con tanto desprecio de nuestros rúmenes, no hubiera cedido jamas á vuestras instancias.* Cortés, viéndolo enojado se escusó como pudo, y se despidió para retirarse á sus cuarteles. *Id en buen hora, respondió el monarca, que yo me quedo aquí para aplacar á los dioses, irritados con vuestras blasfemias.*

tadas, y los otros con puertas y artesonados de cedros y de ciprés esculpidos. En aquel recinto del real asilo, los antiguos cronistas del tiempo de Cortés nos enseñan el serrallo de las mugeres, los alojamientos de los ministros, de los grandes dignatarios del reino, de los oficiales del monarca, y de su numerosa y lucida córte. Tambien pertenecian á Moctezuma en el antiguo México, varios palacios destinados á los reyes aliados, á los príncipes tributarios, á los nobles viajeros, y otros reservados para algun santo uso; pues servian de hospicio á los ancianos, á los pobres, á los inválidos y enfermos indigentes, que eran mantenidos y cuidados á espensas del tesoro.

Otros edificios públicos llamaban la atencion en la capital del imperio, como eran las cuadras ó corrales, de que la Europa no presentaba entonces ningun modelo. Una de ellas se componia de muchas habitaciones bajas, como tambien de algunas galerías sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza. Estas galerías daban á un vasto jardin, cargado de árboles y muchos estanques, unos de agua dulce y otros de agua salada, destinados á las aves acuáticas. Habia en aquel sitio pájaros mansos y tranquilos, cuyas brillantes y variadas plumas servian para componer los ingeniosos mosaicos de los aztecas; y se les daban los mismos alimentos que ellos acostumbraban usar en su estado de libertad, á saber, granos, frutos é insectos. Trescientos hombres estaban destinados á cuidarlos, teniendo sus médicos ordinarios que habitaban en el mismo local, para observar sus enfermedades y darles pronto remedios. Algunos de estos empleados vigilaban los huevos durante su incubacion; y otros, en ciertas ocasiones, recogian las plumas para el trabajo de los mosaicos. Este corral ocupaba el lugar en donde se vé hoy el convento de San Francisco.

El otro edificio destinado á los animales feroces, se componia de un gran número de departamentos subterráneos, de mas de seis pies de profundidad sobre diez y seis de longitud, y de espaciosos patios valdosados y divididos en estancias. Aquí estaban encerrados el águila real y los buitres, los tigres, los leones, los lobos, los gatos monteses y demás bestias feroces. Se les alimentaba con gansos, liebres y conejos, y lo que es horrible de referir en presencia de la civilizacion moderna, con las entrañas de las víctimas humanas. Los feos cocodrilos se agitaban en sus viviendas rodeadas de paredes, y las serpientes de varios colores, guardadas en anchas cubetas ó barricas, hacian oír sus espantosos silvidos. Los peces tenian sus receptáculos particulares, de los cuales existen dos en la actualidad, y pueden verse en el palacio de Chapultepec.

En uno de los edificios reales se habia colocado el grande arsenal del imperio, en donde se hallaban reunidas toda clase de armas ofensivas y defensivas, como tambien todos los estandartes ó enseñas militares que se usaban en los pueblos del Anáhuac. Allí ha-

bía un inmenso número de obreros empleados en la fabricación de armas; y en otros edificios se veían talleres de pintores, escultores y plateros, que trabajaban constantemente para la real casa. También existía un cuartel en donde se educaban comparsas de bailarines para los placeres del rey.

Entre todas estas bellezas del antiguo México, los jardines botánicos unidos á los palacios reales ó mensagerías, eran los objetos más notables á la vista del observador. En ellos se cultivaban las plantas más raras, las flores más brillantes como las más comunes, con tanto cuidado que causó la admiración de los aventureros españoles, en cuya nación nada podían comparar con los establecimientos de este género. Las Antillas en donde acababan de establecerse, no les habían ofrecido ningún monumento artístico; pues allí encontraron chozas en vez de palacios; y los pobres insulares, casi en el estado de la naturaleza, y desnudos bajo un clima ardiente, pasaban la vida en una dulce y fastidiosa calma, hallando en su fácil cultivo y su salvaje industria, lo que podía bastar á satisfacer el corto número de sus necesidades.

Muy diferente era el espectáculo que presentaba la capital de Moctezuma; pues en ella se distinguía una civilización particular, que nunca presumieron hallar ni Cortés ni sus compañeros de guerra. Esta circunstancia influyente en su juicio, debió sin duda llevarlos á un punto exagerado que parece natural en su posición; y si se añade que para nombrar los objetos nuevos que se les presentaban á la vista, tan solo conocían las expresiones usadas en Europa para referir los detalles de un orden social enteramente distinto, se explican fácilmente los errores que pudieron cometer al trazar el cuadro de la corte del monarca. En consecuencia, á ellos corresponde la responsabilidad de esta pintura que tiene algo de oriental y fantástica.

Cada mañana iban á palacio seiscientos señores feudatarios simplemente vestidos, pues les estaba prohibido presentarse al rey con ricos atavíos: iban con los pies desnudos, porque todo aquel que entraba en la regia habitación, debía dejar el calzado en la puerta exterior. Estos nobles que iban á pasar el día en las antecámaras, guardaban en ellas el mayor silencio, y si hablaban, lo hacían regularmente en voz muy baja y casi imperceptible. Introducidos á la presencia del orgulloso monarca, se prosternaban tres veces, diciendo en el primer saludo „Señor”, en el segundo „Monseñor”, y en el tercero „Alto y poderoso señor.” En seguida le dirigían sus peticiones, ó le pedían sus órdenes con la cabeza baja en la humillante actitud de esclavos. Luego que les transmitían la respuesta del rey por uno de sus secretarios, se retiraban los nobles marchando hacia atrás sin levantar los ojos.

Esta sala de audiencia merece una rápida ojeada. Era el comedor: allí se veía al monarca sentado en una poltrona muy baja, de-

lante de una ancha almohada que le servía de mesa. Los manteles, servilletas y toalla de una tela finísima de algodón, se hacían notables por su brillante blancura. Numerosos eran los platos de la comida real; pues ocupaban una gran parte del pavimento de la sala. La caza, el pescado, las legumbres y frutas se presentaban condimentados de mil modos; porque era muy variado el arte de cocina y sus recursos. Copas de oro ó de conchas mariscas perfectamente trabajadas, las unas llenas de chocolate, y las otras de diferentes licores de cacao, adornaban este rico y espléndido servicio. Los cuatrocientos señores jóvenes que hacían de pages, tomaban los platos, los presentaban á la real persona, y se retiraban luego que estaba sentado en su magnífico asiento. El rey señalaba con una varilla el que excitaba su apetito, y el resto se distribuía entre los nobles que hemos dejado en las antecámaras. A esta comida asistían cuatro muchachas, seis ministros y el escudero trinchant. Este oficial tenía el encargo de cerrar la puerta, desde el instante en que el rey tomaba su lugar, á fin de que nadie entrase á verlo comer. Ninguno de los asistentes le dirigía la palabra. Los jóvenes y el escudero trinchant le servían, presentándole al mismo tiempo el pan de maíz cocido con huevos. Durante la comida tocaba una orquesta, ó bien algunos bufones de oficio, enanos ó jorobados, le divertían con chistes é historias jocosas; y Moctezuma decía que en medio de sus locuras, descubría muchas veces útiles noticias é importantes revelaciones de que se aprovechaba, cuyo ingenioso medio era empleado probablemente, para que llegasen hasta su oído algunas verdades que los hombres de estado no hubieran osado manifestarle, y que tal vez hubiera hallado inoportunas y aun dignas de castigo, en boca de los súbditos leales y adictos á la forma de su gobierno.

Después de comer le presentaban una gran pipa de caña ricamente guarnecida, y cuando despertaba del sueño que le producía el sabroso humo del tabaco, recibía primero á los grandes del reino, y luego á los poetas músicos que le cantaban las hazañas de sus antepasados y los gloriosos sucesos de la patria. Unas veces se divertía en ver cierta especie de saltibancos, que hacían pruebas de habilidad y saltos en la cuerda; otras se paseaba en sus parques entretenido con el ejercicio de la caza, y otras veces iba á recrearse en sus hermosas casas de campo. Cuando salía era llevado en hombros de nobles, sobre una pequeña litera cubierta de un rico palio, y seguido de un numeroso acompañamiento de cortesanos. A su paso se detenía el pueblo; y hombres y mujeres cerraban los ojos, como temiendo ser deslumbrados por el resplandor de su magestad, y si bajaba de su litera, se extendían tapices ó alfombras delante de él, según lo hemos indicado en su primera entrevista con Cortés. Moctezuma se bañaba todos los días. Diariamente mudaba sus vestidos cuatro veces, y jamás volvía á usar el que se quitaba; pues le